

Democratización de las relaciones de género y nuevas formas de dominación de clase en América Latina: reflexiones a partir del caso colombiano

Luz Gabriela Arango Gaviria

Presentación

Numerosas investigaciones en América Latina han destacado algunas dimensiones de los procesos de democratización de las relaciones de género. El término democratización se refiere en general a una reducción de las desigualdades entre hombres y mujeres en el acceso a bienes, libertades y poderes sociales que pueden situarse en ámbitos muy diversos como la educación, el trabajo, la política, las relaciones familiares, la reproducción y la sexualidad. El uso del término democratización no está necesariamente asociado en estos análisis con una concepción liberal de las relaciones de género o un enfoque desde la modernización que supondría una superación progresiva de las desigualdades a medida que las mujeres acceden al espacio público del trabajo o la política sino que puede igualmente hacer referencia a la transformación (no lineal) de los modelos de feminidad y masculinidad, a la diversificación, multiplicación o fragmentación de las identidades de género, incluyendo rupturas de las dicotomías femenino-masculino. En paralelo y desde otros campos del conocimiento, se han producido interpretaciones de los nuevos procesos de dominación en curso en América Latina, con énfasis en la crítica a las formas de inserción de los países en la globalización neoliberal y sus efectos sociales.

En este artículo, me propongo problematizar las relaciones entre las nuevas formas de dominación y los cambios en las relaciones de género, tomando como referencia el caso colombiano. Abordaré la dominación de clase básicamente a partir de las relaciones de trabajo, teniendo como principal referencia los desarrollos de la sociología del trabajo y los estudios de género y trabajo en América Latina. Tendré como telón de fondo teórico la teoría de la dominación de Pierre Bourdieu, sin pretender llevar a sus últimas consecuencias una interpretación de las realidades mencionadas a partir de estos referentes conceptuales. El artículo presenta una aproximación a los cambios recientes en la estructura de clase y género en la Colombia urbana con base en información estadística y fuentes secundarias; formula algunas hipótesis sobre las tendencias de cambio utilizando los conceptos de Bourdieu;

propone una problematización de las interrelaciones entre clase y género en el caso del campo urbano popular alrededor de los cambios y tensiones en la noción de proveedor(a).

Lucha de clases, género y dominación simbólica en Bourdieu

La propuesta de Bourdieu sobre la estructura y dinámicas de la lucha de clases proporciona herramientas relativamente flexibles para dar cuenta de la complejidad de las relaciones entre clase y género¹. Según ésta, los individuos ocupan posiciones en el espacio social que dependen del volumen, estructura y trayectoria de su capital económico y cultural. Las clases y fracciones de clase se delimitan objetivamente como aquellos grupos que están sometidos a condiciones materiales de existencia similares. Pero allí no se agota ni se determinan las posiciones y posibilidades de los agentes en la lucha de clases. La clase se define por la estructura de relaciones entre propiedades “secundarias” como el sexo, la edad, la ubicación geográfica, la raza o la educación. Esta estructura de relaciones estaría dirigida por las propiedades del campo en el cual se mueven los agentes y puede por lo tanto, articularse de muy diversas formas².

La propuesta de Bourdieu coincide con algunas de las preocupaciones conceptuales que han surgido en el desarrollo de los estudios de género: por una parte, Bourdieu insiste en el carácter relacional e histórico de sus conceptos y de las realidades que pretende aprehender, en un eco no buscado a la discusión sobre el concepto de género como categoría relacional³. Por otra parte, propone una articulación entre propiedades relacionales como el sexo, la edad, la raza desde una perspectiva estructural histórica que supera la simple adición o yuxtaposición de propiedades o la relativización *ad infinitum* de las posibles combinaciones en función de las situaciones concretas.

La dominación de clase no se agota en el análisis de la distribución desigual de las posiciones en el espacio social y en el acceso a las distintas formas de capital. En la teoría de Bourdieu, ésta es inseparable de la noción de dominación simbólica, concepto cercano al de dominación en Weber o de hegemonía en Gramsci, que comprende la legitimidad o aceptación de la dominación por parte de los domina-

¹ Está fundamentalmente explicada en Bourdieu, Pierre, *La Distinction. Critique sociale du jugement*, Paris: Minuit, 1979.

² Idem.

³ Scott, Joan W., “Gender: a useful category of historical analysis” En: Scott, Joan W., *Feminism and History*, Oxford readings in feminism, Nueva York: Oxford University Press, 1996, pp. 152-181; y De Barbieri M., Teresita, “Certezas y malos entendidos sobre la categoría género” En: *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, San José, Costa Rica: IIDH, 1996.

335. Para Bourdieu, la dominación simbólica permite esconder (des-conocer) las relaciones de poder y el carácter arbitrario de las desigualdades sociales y reconocer el lugar de los dominantes como natural y evidente.

Aparece aquí la noción de naturalización de las desigualdades sociales como uno de los mecanismos sobre los cuales se construye la dominación simbólica. Encontramos nuevamente una afinidad con las teorías feministas y los estudios de género, uno de cuyos énfasis ha sido demostrar el carácter socialmente construido (arbitrario) de la desigualdad de género con base en la creencia en la división natural del trabajo entre los sexos. La naturalización de las diferencias también ha operado en el caso de otras relaciones sociales de dominación, entre razas, etnias, grupos de edad, etc. Tratar de esclarecer, o al menos establecer algunas pistas para entender los nuevos parámetros de la dominación de clase en América Latina requeriría no sólo abordar las nuevas formas de distribución de las posiciones sociales y reglas del juego (o lucha) por la apropiación de los capitales pertinentes, sino también los nuevos parámetros de la dominación simbólica.

La dominación masculina es uno de los ejemplos más persistentes de dominación y de violencia simbólicas. Anclada en estructuras históricas de dominación objetivadas en instituciones e incorporadas en esquemas mentales y corporales, su legitimidad reposa sobre la naturalización de una diferencia apoyada en una biología y una sexualidad socialmente construidas. La teoría materialista de los intercambios simbólicos que propone Bourdieu pretende explicar la objetividad de la experiencia subjetiva y de las relaciones simbólicas de dominación, y su efecto duradero sobre la producción y reproducción de las estructuras sociales. La persistencia de la estructura profunda de la dominación masculina estaría asociada con el trabajo de des-historización que realizan agentes e instituciones a lo largo de la historia, orientado por *habitus* sexuados, es decir, por disposiciones duraderas, esquemas de pensamiento y acción, inscritos en los cuerpos y las mentes. La aproximación de Bourdieu, como en otros ámbitos, tiende a enfatizar los mecanismos de reproducción de las desigualdades y a relativizar los cambios, re-interpretándolos en el marco de nuevos desequilibrios. De manera análoga a su aproximación a las clases sociales y a las distancias que las definen y que tienden a conservarse a pesar de los cambios morfológicos relacionados con el nivel educativo, la profesión, los ingresos, la vivienda, Bourdieu señala una persistencia de las distancias entre la posición de las mujeres y de los hombres en el espacio social, a pesar de transformaciones morfológicas; a pesar, por lo tanto de la democratización en el acceso a la educación, el trabajo, el control de la sexualidad y la reproducción, la participación política.

Observaciones similares han sido hechas, en términos no tan distantes de la teoría de Bourdieu, por numerosas analistas feministas. El desarrollo del concepto de género para hacer evidente el carácter socialmente construido de la diferencia sexual

se inscribe en la relación entre cultura y relaciones sociales que le otorga al universo simbólico la capacidad de incidir sobre las relaciones materiales. No obstante, en el campo de los enfoques feministas y del desarrollo de la categoría de género probablemente se prolonga una separación entre perspectiva materialista que le confiere a la división sexual del trabajo un poder explicativo determinante y un enfoque más “culturalista”. En los enfoques marxistas más ortodoxos, la dominación se construye sobre la división sexual del trabajo, es decir sobre una división considerada natural del trabajo, finalmente anclada en la separación de las funciones reproductivas masculinas y femeninas, se establecen divisiones sociales entre los sexos que relegan, por ejemplo, a las mujeres al ámbito doméstico y las excluyen de las actividades socialmente más valoradas como la política.

A pesar de las afinidades y apartándome de la discusión sobre lo que la teoría de Bourdieu tomó de desarrollos de las teorías feministas, quiero destacar dos aportes de Bourdieu que nos permiten plantear en otros términos algunas de las preocupaciones presentes en los estudios de género. El primero es el conjunto de nociones en torno al concepto de violencia simbólica (capital simbólico, lucha simbólica, beneficios simbólicos, etc.) y el segundo es el concepto de *habitus*. Los dos están estrechamente interrelacionados. Las nociones de capital simbólico y violencia simbólica contribuyen a abordar desde una particular perspectiva lo que algunos enfoques feministas en el campo del estudio del trabajo han problematizado en términos de interrelaciones entre la división sexual del trabajo y la construcción cultural de la diferencia⁴.

La perspectiva de la lucha por el capital y el beneficio simbólico, que introduce Bourdieu, permite explicar fenómenos tantas veces subrayados como la devaluación de las profesiones y puestos de trabajo ocupados por las mujeres. De este modo, la transformación de la división sexual del trabajo, inicialmente entendida como segmentación generizada del mercado de trabajo (vertical u horizontal), mediante el acceso de las mujeres a profesiones y oficios tradicionalmente masculinos, no basta para modificar la relación de fuerzas simbólica entre hombres y mujeres. El valor social, el valor simbólico de las posiciones ocupadas y de los capitales poseídos por distintos agentes sociales no son sustanciales sino relacionales: se definen por las distancias entre posiciones, distancias que son el producto de las estrategias no necesariamente conscientes de los agentes para mantenerlas. Mientras las mujeres o los sectores populares desarrollan estrategias para acceder a los bienes materiales y simbólicos exclusivos de ciertas categorías de varones, éstos “trabajan” para generar nuevas distancias y terrenos de exclusividad. El beneficio simbólico está asociado con

⁴ Comas D'Argemir, Dolors, *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona: Icaria, Institut Català d'Antropologia, 1995.

la preservación de territorios y la habilidad para re-definir nuevas líneas de separación entre los sexos: de ahí esas sutiles diferencias en la definición práctica del desempeño de un mismo puesto de trabajo por hombres y mujeres, que muchas investigadoras han escrutado con agudeza para mostrar la persistencia de la desigualdad o la dominación. Bourdieu se refiere al “coeficiente simbólico negativo” que separa a hombres y mujeres en los distintos campos sociales, producto del efecto estructural de la feminidad como *handicap*.

Las relaciones de fuerza simbólicas entre hombres y mujeres adquieren una configuración específica en cada clase y campo pero no se refieren solamente a la estructura de las distancias simbólicas sino al papel distinto que juegan hombres y mujeres en la producción de capital simbólico. Bourdieu amplía la noción de división sexual del trabajo para incluir todas las tareas de reproducción social y de mantenimiento del capital social y simbólico. En la sociedad cabil, que le sirve de matriz en el análisis de la dominación masculina⁵, la división entre hombres y mujeres es también una división entre sujetos y objetos, siendo las mujeres objetos de intercambio de signos (fundamentalmente en el matrimonio) entre hombres cuyo capital simbólico ellas amplían o valorizan mientras los hombres detentan el monopolio de la producción de signos y bienes simbólicos, dotados del poder exclusivo de representación pública. En sociedades capitalistas, la división sexual del trabajo de producción y reproducción simbólica otorgaría a las mujeres el papel de administradoras del capital social y simbólico del hombre en la familia y en otros ámbitos como la empresa o la política, haciendo referencia a esos papeles de relacionistas públicas u “objetos decorativos” que desempeñan las mujeres. Habría aparentemente un deslizamiento en el papel de las mujeres que pasan de ser objetos simbólicos en la sociedad cabil, ellas mismas capital simbólico de sus maridos, a ser gestoras y reproductoras de un capital simbólico cuyos beneficios son cosechados por los varones.

El concepto de *habitus* juega un papel fundamental en este proceso de (re)producción de la dominación masculina. Permite ir más allá de un enfoque de las representaciones sociales como visiones del mundo inscritas en discursos o imaginarios para desarrollar la noción de disposiciones incorporadas o encarnadas (hechas cuerpo) como esquemas de pensamiento, percepción y acción que operan a niveles pre-conscientes. Estas disposiciones, profundamente ancladas, tienen un carácter de clase en la medida en que constituyen la interiorización de estructuras sociales percibidas y experimentadas desde la posición que ocupa el agente en el espacio social. El *habitus* produce un conocimiento de sentido común, una doxa que genera

⁵ Bourdieu, Pierre, *Le Sens Pratique*, Paris: Minuit, 1980; y Bourdieu, Pierre, *La domination masculine*, Paris: Seuil, 1998.

una correspondencia entre las estructuras mentales y las estructuras sociales. El *habitus* hace que el dominado piense, sienta y perciba el mundo social como evidente y en esa medida está en el origen de su aceptación de la dominación. El *habitus* es, además, un *habitus* sexuado (o “generizado”...) que incorpora la diferencia/dominación sexual como evidente. Su profundo anclaje en las estructuras inconscientes de la propia identidad sexual, lo hacen especialmente persistente y difícil de transformar. Es estructura social incorporada que orienta la acción y toda la relación de hombres y mujeres con el mundo y le otorga a las estructuras de dominación sexual una gran autonomía frente a las estructuras económicas, según Bourdieu. Ello se traduce en una gran persistencia de la división sexual del trabajo y la división del trabajo sexual como prácticas y como esquemas de pensamiento que operarían por sistemas de oposiciones presentes en cada campo específico.

La teoría de Bourdieu, por supuesto, como cualquier teoría y a pesar de sus pretensiones holísticas, no resuelve todos nuestros interrogantes. ¿Cómo y mediante qué mecanismos se reproduce la distancia simbólica entre los géneros? ¿No adelantan las mujeres una lucha simbólica en beneficio propio, orientada a aumentar el valor social de su capital social, económico o cultural? ¿Acaso no tiene ningún efecto sobre las luchas simbólicas el acceso de las mujeres a los campos de producción simbólica como el sistema escolar, los medios de comunicación o la política? ¿No cabría en la teoría de Bourdieu, –o en sus observaciones empíricas– el concepto desarrollado por algunas feministas de “desgenerización”, es decir la pérdida del poder jerarquizante y organizador de las diferencias sociales que tendría el género en algunos ámbitos o campos? ¿Puede cesar el trabajo de producción de la diferencia y la distancia entre los sexos? ¿En qué condiciones sociales ello es posible?. El énfasis reproductivista que se siente en muchos de sus análisis deja pocas herramientas para entender la resistencia y la subversión de la dominación, a pesar del lugar central que ocupa en su teoría la noción de lucha. Algunos de sus postulados como el principio de homología entre los campos puede presentarse como una “ley” que convierte a la reproducción en norma a priori. Creo, no obstante, que en la teoría de Bourdieu, conceptos como el de campo, y el de autonomía relativa del mismo, permiten dar cuenta de tensiones entre distintas esferas de la vida social, de luchas que pueden definirse a favor de agentes que no necesariamente coinciden.

Mercados de trabajo y estructura de clases en América Latina

En el recientemente publicado *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*⁶, Teresa Rendón y Carlos Salas hacen un recuento de los cambios en la composición de

⁶ Rendón, Teresa y Salas Carlos, “El cambio en la estructura de la fuerza de trabajo en América Latina” En: De la Garza, Enrique, *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México D.F.: El Colegio de México, Flasco, UAM, FCE, 2000.

la fuerza de trabajo latinoamericana en los últimos 30 años. A pesar de la heterogeneidad de las economías, población, territorio, tipo de desarrollo de los países, los autores extraen algunas tendencias comunes. Siguiendo el consenso presente en los estudios del trabajo y el desarrollo en la región, los autores señalan a la década del 70 como un momento de quiebre al transformarse la inserción de las economías latinoamericanas en la economía capitalista mundial en plena reestructuración: el proceso que se desenvuelve a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, está marcado por un cambio de orientación del mercado interno hacia el mercado externo, por la crisis de la deuda y las políticas de ajuste estructural, apertura de mercados y privatizaciones que viven con distintos ritmos y configuraciones los diversos países. El cambio de modelo de acumulación transforma las estructuras productivas que constituyen el sustrato sobre el cual se producen los cambios en la fuerza de trabajo.

El uso creciente de contratos temporales y de incorporación de trabajadores sin contrato es una nueva forma de precarización. En 1997, concierne al 35% de los asalariados en Argentina; al 30% en Chile; el 39% en Colombia y el 74% en Perú, donde predominan las pequeñas empresas. Pero en Argentina y Colombia cerca del 60% de los asalariados sin contrato estaban en establecimientos mayores⁷. A finales de los 90 hay desaceleración con malas perspectivas para el empleo.

Entre 1960 y 1990, una de las grandes transformaciones en los mercados de trabajo latinoamericanos fue sin duda el incremento de la participación femenina: el número de mujeres económicamente activas (19 países) pasó de 18 a 57 millones, más que triplicándose, mientras el número de hombres económicamente activos no alcanzó a duplicarse; la tasa de actividad femenina creció de 18,1% a 27,2%. Hacia comienzos de los 90, a pesar del incremento de la participación femenina, la distribución de las mujeres en la estructura ocupacional difiere considerablemente de la masculina: el perfil típico del empleo de las mujeres incluye un alto porcentaje de ocupadas en los servicios (entre 60% y 80%), seguido de un porcentaje bastante menor en la industria (entre 15% y 25%) y una fracción mínima en la agricultura o el sector primario.

Nos dicen Valdés y Gomariz:

“Durante la década pasada, sólo dos grupos de ocupaciones aumentaron su participación en el empleo femenino urbano: las profesionales y técnicas y las trabajadoras del comercio. Las ocupaciones típicas incluidas en estos grupos podrían representar bien las dos modalidades extremas que asumió el cambio en el empleo femenino en la región durante los años ochenta. La primera se refiere a la mayor posibilidad de incorporarse al mercado de trabajo que tuvieron las mujeres que se beneficiaron con la expansión de la educación media y superior

⁷ Ibid., p. 560.

(que favoreció más a las mujeres), lo cual acrecentó su participación en el grupo de profesionales y técnicas. La segunda refleja la mayor necesidad que tuvieron las mujeres de menor nivel educacional de incorporarse al empleo para acrecentar los ingresos familiares, reducidos fuertemente durante los años de crisis y de ajuste estructural. Se ocuparon mayormente como trabajadoras independientes en el sector de comercio informal y, en menor medida, como dependientes de tiendas”.

Valdés y Gomariz introducen una diferenciación en las lógicas que subyacen al incremento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, según su posición de clase. Volveremos más adelante sobre esta diferenciación.

Indudablemente, estos indicadores sólo permiten una aproximación muy gruesa a las estructuras de clase en América Latina. Si retomamos a Bourdieu, es posible considerar que las posiciones en el espacio social en las formaciones sociales latinoamericanas también ha estado fuertemente determinada en las últimas décadas por la acción combinada de dos formas de capital: económico y cultural. La inversión educativa como estrategia de movilidad social ha jugado un papel fundamental en sectores medios y altos. En el caso de las mujeres, ha sido un vector clave en la transformación de las relaciones de género en casi todos los grupos sociales. Es indudable que otras formas de capital, como el capital político y el capital social, en sus múltiples modalidades (clientelismo, redes de parentesco, asociaciones comunitarias, etc.) también operan de manera decisiva en la definición de la posición de los agentes en el espacio social y en las estrategias que privilegian o están a su alcance⁸.

14 El caso colombiano

Trataré de aproximarme al caso colombiano con un poco más de precisión. Varios analistas han señalado que Colombia pudo sustraerse del contexto casi generalizado en América Latina, de la década perdida de los ochenta, gracias al efecto dinamizador que ejerció la llamada economía subterránea del narcotráfico. Nos concentraremos en el perfil de la población urbana, debido a la disponibilidad muy desigual de estadísticas sobre la población rural.

Las grandes tendencias en la distribución del capital educativo

En un balance sobre los cambios sociodemográficos en Colombia en el siglo xx⁹, Carmen Elisa Flórez señala avances significativos en las condiciones educativas de la

⁸ En una de las discusiones con mis estudiantes de sociología, en torno a Bourdieu, alguno sugirió la existencia en Colombia de una modalidad específica de capital con alta capacidad de estructurar las relaciones sociales: el capital bélico.

⁹ Flórez, Carmen Elisa, *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo xx*, Bogotá: Banco de la República, Tercer Mundo, 2000.

población colombiana. Los resultados de estos esfuerzos públicos y de los privados producen algunos cambios en el perfil educativo de los colombianos: entre ellos una reducción significativa de la tasa de analfabetismo a partir de la década del 50. Entre 1964 y 1993, el promedio de años de educación de la población adulta aumentó significativamente pero con grandes desequilibrios entre el campo y la ciudad: las mujeres adultas rurales alcanzaron en 1993 los años de educación que sus congéneres urbanas tenían casi 30 años atrás, con el agravante de que la distancia en el número promedio de años entre los dos grupos habrá aumentado de 2 a 3,4 años entre 1964 y 1993.

Sin embargo, a pesar de los avances educativos, la estructura socioeducativa nacional está bastante estratificada, favoreciendo a las áreas urbanas:

“La base del sistema la forma el 46% de los habitantes que no ha superado la educación primaria. Un segundo grupo está conformado por los que han accedido a la secundaria, que no alcanzan a ser un tercio, 31%, de la población. Finalmente, está la cúspide conformada por lo que han logrado acceder a estudios superiores, que apenas son el 7% de la población mayor de 5 años”¹⁰.

En cuanto a las diferencias de género, el aumento en la educación es mayor en las mujeres que en los hombres, llevando a que el diferencial por género en educación prácticamente desaparezca en 1993. La participación femenina en niveles altos de educación se equipara a la del hombre: mientras en 1951, el 85% de la población con estudios superiores eran hombres, en 1993 el 50% son mujeres. En 1989, los niveles educativos de las mujeres señalaban un perfil similar al de los hombres: el 15% de las mujeres urbanas ocupadas tenía estudios universitarios, el 49,2% educación secundaria y el 32,8% educación primaria.

Además de este avance cuantitativo, las mujeres también aumentaron su participación en carreras tradicionalmente cursadas por hombres como ingeniería, economía, derecho o arquitectura, pero siguen orientándose en alta proporción hacia carreras tradicionalmente femeninas que contribuyen a reproducir la segmentación por género del mercado laboral. Los logros educativos de la segunda mitad del siglo en cuanto a expansión de la matrícula se han visto claramente cuestionados en las dos últimas décadas por las crecientes deficiencias y diferencias en términos de calidad. El sistema educativo es altamente jerarquizado, está dividido internamente entre educación pública y privada y cada una de éstos sub-campos está a su vez atravesado por diferencias muy grandes de calidad. El acceso a educación de buena calidad está directamente relacionado con la capacidad económica.

¹⁰ Ibid., p. 94.

Para la década del 90, cálculos elaborados por el Observatorio de Coyuntura Socioeconómica de la Universidad Nacional, señalan un estancamiento en el efecto de la expansión de la cobertura del bachillerato¹¹. La escolaridad media de los jóvenes se incrementa a ritmos cada vez más lentos con una polarización en los niveles educativos: al lado de una proporción relativamente reducida de jóvenes con educación superior aparece un elevado componente con niveles educativos que no superan el bachillerato. La deserción escolar en edades superiores a 15 años está asociada a razones económicas. La brecha en el acceso a la educación superior se ha ampliado según los estratos de ingreso¹².

En términos de distribución del capital educativo, podemos observar un aumento desigual del nivel educativo en todas las categorías sociales que tiende a ampliar las distancias entre población urbana y rural y entre los segmentos superiores y medios de las clases sociales urbanas, al tiempo que conserva las distancias entre sectores medios y bajos. El impacto del aumento diferenciado del nivel educativo logra hasta comienzos de la década del 90 reducir las distancias entre hombres y mujeres, en términos de número de años de escolaridad. No obstante, la división sexual de las orientaciones profesionales de hombres y mujeres redundan en un valor desigual del capital educativo y por ende, en el beneficio simbólico que obtienen las mujeres por sus inversiones educativas en relación con los hombres (y que repercute, entre otras cosas, en niveles de ingreso inferiores). Algo distinto puede suceder en la estructura de las distancias intra-género, dada la polarización en la capacidad de acumular capital cultural que parece beneficiar especialmente a las mujeres de sectores medios y altos. Uno de los resultados de la elevación de la participación femenina en la educación superior es el aumento bastante rápido de la participación femenina en cargos directivos en las empresas y el Estado. A finales de los noventa, la crisis económica tiene impactos cuyos efectos de largo plazo en términos de devaluación y pérdida de capital cultural, y ampliación de la brecha social y de género aún no podemos evaluar.

Género y mercado de trabajo

La información estadística tiende a confirmar una autonomía creciente de las formas de vinculación de las mujeres al mercado laboral con respecto tanto a los ciclos económicos como a su propio ciclo de vida y fecundidad¹³. La terciarización del empleo se da desde la década de los treinta, relacionada con los procesos de urbanización e industrialización y afecta tanto el empleo femenino como el masculino.

¹¹ OCSE (Observatorio de Coyuntura Socioeconómica), Boletín No. 3, Bogotá: CID, Universidad Nacional, Colciencias, Unicef, 1999, p. 7.

¹² Idem.

¹³ Flórez, Carmen Elisa, op cit.

Las distancias económicas entre mujeres y hombres se traducen en brechas que varían según el tipo de ocupación y el nivel educativo. En 1982, la brecha salarial¹⁴ entre hombres y mujeres ocupados en siete áreas metropolitanas, según el nivel educativo, era de 38% para profesionales y bachilleres y de 32% para niveles de primaria incompleta¹⁵; es decir, que era más grande la brecha en los niveles más altos. El ingreso promedio de las mujeres en el sector formal urbano representaba en 1989 el 75,6% del ingreso masculino y en el sector informal, el 61,3%¹⁶. Estas desigualdades (promedio) de género se enmarcan dentro de grandes desigualdades sociales: en 1990, el quintil más bajo de la población urbana ocupada recibía el 4,2% del ingreso total mientras en el otro extremo, el quintil más alto recibía el 54,1%. En 1990, el 35% de los hogares urbanos eran considerados pobres y el 12% en situación de indigencia¹⁷.

En la década de los noventa, se amplía e institucionaliza “tardíamente” el proceso de inserción de la economía colombiana dentro de los nuevos parámetros del capitalismo global: el gobierno de Gaviria profundiza la apertura económica, las políticas de ajuste, privatizaciones y reforma del Estado. La reforma laboral sanciona las prácticas flexibilizadoras adelantadas por los empresarios colombianos a lo largo de la década del 80, tendientes a incrementar la proporción de empleo temporal.

Retomamos el balance que hacen Henao y Parra¹⁸ sobre la evolución del mercado laboral y la participación de las mujeres en la década de los noventa y lo complementaremos con elaboraciones nuestras a partir de las mismas fuentes: las Encuestas Nacionales de Hogares. En un esfuerzo por contrarrestar los enfoques victimizantes sobre la situación de la mujer en el país, estas autoras destacan los avances en la participación laboral femenina. Señalan, en primer lugar, el aumento significativo de la participación femenina, especialmente entre las mujeres casadas y en unión libre, aunque éste implica mayor participación laboral sin reducir su carga doméstica. Este aumento se explicaría por dos causas que pueden combinarse o corresponder a experiencias de grupos sociales diferenciados: el aumento de la educación y las necesidades crecientes de los hogares. Un segundo avance sería la mejoría en la calidad del empleo femenino, caracterizado por una formalización creciente en los noventa. Se habría producido igualmente una reducción de la brecha salarial entre hombres y mujeres, aunque continúa siendo alta y desproporcionada en relación con

¹⁴ Ingreso salarial promedio de las mujeres/ingreso salarial promedio de los ocupados hombres.

¹⁵ Henao, Marha Luz y Parra, Aura Yaneth, “Mujeres en el mercado laboral” Ezn: *Género, Equidad y Desarrollo*, Bogotá: DNP, BMZ, GTZ, Tercer Mundo, 1998, pp. 70-109.

¹⁶ Flórez, Carmen Elisa y Cano, María Gloria, *Mujeres Latinoamericanas en cifras. Colombia*, Santiago: Flasco, Instituto de la Mujer de España, 1993.

¹⁷ Idem.

¹⁸ Henao, Marha Luz y Parra, Aura Yaneth, op cit.

la educación alcanzada. Y finalmente, las autoras señalan como positiva una alta representación femenina en la industria.

Henao y Parra destacan una mejoría en la calidad del empleo femenino, presente en una creciente formalización: reducción del porcentaje de mujeres en el servicio doméstico (17% de las mujeres ocupadas en 1982 vs. 9,4% en 1997) y un aumento en la participación femenina en la categoría de obreros y empleados (47% a 51,7%). Sin embargo, esto habría que contrastarlo con los cambios en las condiciones de empleo asalariado que se deterioran debido al aumento del empleo temporal y de tiempo parcial. El servicio doméstico, probablemente una de las categorías ocupacionales de menor prestigio y reconocimiento monetario tiende a aumentar con la crisis económica y humanitaria de fin de siglo: en 1999, el 11% de las mujeres ocupadas son empleadas domésticas y en 2000, el 20% de las mujeres ocupadas temporales en siete ciudades, trabajaban como empleadas domésticas (ENH-DANE).

La precarización del empleo se ve claramente en las cifras: el porcentaje de trabajadores y trabajadoras temporales aumenta de manera sostenida a lo largo de la década en todas las ramas y para ambos sexos. Entre 1991 y 2000, el porcentaje de temporales se incrementó en 10 puntos o más en todos los sectores, salvo en los servicios financieros.

En 1997, la población colombiana llega a 40.214.723, con 20.831.226 mujeres y 19.383.496 hombres¹⁹. A finales de la década de los noventa, la recesión económica, el agravamiento del conflicto armado y sus imbricaciones con el narcotráfico van a modificar y agravar las tendencias de los noventa: los procesos de formalización del empleo y reducción de la pobreza se revierten y se agudiza el deterioro de la calidad del empleo para amplios sectores de la población al aumentar el desempleo y el empleo precario. La crisis humanitaria y el desplazamiento de población contribuyen a agudizar la polarización y los fenómenos de exclusión social ligados a los cambios en el modelo de desarrollo.

La mayor participación económica de las mujeres va acompañada por mayores tasas de desempleo femenino. Durante las pasadas décadas, las mujeres han sido el grupo más afectado por el desempleo. Entre marzo de 1999 y marzo de 2000, la tasa de desempleo para siete áreas metropolitanas pasó de 19,5% a 20,3% y los indicadores para el 2001 no presagian una reducción del mismo. Los más afectados siguen siendo mujeres y jóvenes: la tasa de desocupación de las mujeres entre los 18 y los 24 años era del 40% en octubre de 2000²⁰. La informalización del empleo se agrava, la pobreza aumenta al igual que la migración de colombianos al exterior en busca de empleo (en

¹⁹ Idem.

²⁰ El Espectador, 23-10-00.

1996, un millón cien mil colombianos habían emigrado a otros países). El nivel de indigencia que se había reducido en las décadas anteriores, se incrementa nuevamente alcanzando el 20,5% en 2000, el equivalente a la cifra de 7,4 millones de personas; las cifras oficiales y las encuestas ponen en evidencia el deterioro de los ingresos y la calidad de vida. De acuerdo con datos de la ANIF, el ingreso per cápita se redujo de US\$2.716 dólares en 1997 a US\$1.986 en 2000²¹. El desempleo juvenil y la deserción escolar aumentan, interrumpiendo los procesos de acumulación de capital cultural de las generaciones anteriores.

*Estructura de clases en la Colombia urbana de fin de siglo:
una aproximación*

Aunque es evidente que los indicadores de las estadísticas oficiales agregados al nivel de las 7 u 11 ciudades principales, no permite construir más que un cuadro vago de la estructura de clases en Colombia, haré el ejercicio de proponer una aproximación gruesa. El período que vive el país es de grandes cambios e incertidumbre sobre los destinos colectivos y por lo tanto, también sobre los individuales. Las estrategias desarrolladas hasta ahora por los distintos grupos sociales para mantener o mejorar su posición social, en el marco de estructuras de oportunidades muy desiguales, están casi todas puestas en cuestión en la actualidad. Las disposiciones hacia el futuro de las que habla Bourdieu, construidas en las experiencias de clase pasadas y encarnadas en *habitus* que orientarían a los agentes sociales hacia determinadas inversiones o investimentos de sus energías, encuentran dificultades para operar eficazmente.

A modo de hipótesis, podemos identificar algunas tendencias en la reconfiguración de las clases y grupos sociales en las grandes ciudades colombianas. Se trata de un ejercicio relativamente especulativo que pretende plantear pistas o direcciones de investigación que exigen un acopio muy detallado de información adecuada al esclarecimiento de estas complejas interrelaciones. El énfasis estará en los posibles cambios en las estrategias de los agentes sociales, en función de algunas modificaciones que han experimentado sus capitales específicos, las cuales, difícilmente pueden ser entendidas si no se hace referencia a los cambios en los campos (espacio social y campos especializados como el educativo, político, económico, etc.), labor que no emprendo en esta aproximación.

La primera gran tendencia que se observa es un proceso de polarización social, marcado por una creciente concentración de recursos materiales en los sectores dominantes, constituidos por una amalgama compleja de poseedores de capitales económicos (financieros, industriales, ganaderos, etc.), políticos, sociales, culturales y militares. El estudio sociológico de las élites y los grupos de poder sigue siendo

²¹ El Espectador, 18-02-01.

marginal en América Latina y en Colombia. Tratar de aclarar la recomposición del campo del poder en Colombia en los últimos años, es sin duda una tarea interesante y difícil en la que deberían considerarse no sólo las modificaciones en la composición económica de los grupos (el tipo de capital económico dominante) y en las formas de capital cultural que poseen, sino también las transformaciones en las luchas simbólicas entre fracciones. ¿Cómo analizar la pérdida de legitimidad de las fracciones políticas? ¿O las ganancias simbólicas de los poderes militares? ¿Qué ocurre con el gran empresariado y con sectores tradicionales como los ganaderos? ¿Cómo se distribuyen en el campo del poder y cuáles son los capitales más eficaces para definir las posiciones en el campo? ¿Qué ocurre con las relaciones de género en el campo del poder, en sub-campos del mismo como el Estado, el campo empresarial, la política? ¿Cómo opera la división sexual del trabajo en las distintas fracciones de la clase dominante?

En el otro extremo se produce el empobrecimiento y exclusión de sectores cada vez más amplios de la población, constituidos por los desposeídos de capital material, cultural, social o de todos ellos. Observamos, por una parte, el empobrecimiento de sectores urbanos que subsisten gracias a trabajos muy heterogéneos en el sector informal y que se ven obligados a modificar sus estrategias de supervivencia, sacrificando inversiones en educación y salud, ante el deterioro de sus ingresos y calidad de vida. Por otra parte, tenemos procesos de “exclusión” de poblaciones en condiciones de indigencia y desamparo casi absolutos, como algunos grupos campesinos desplazados por la violencia y otros marginados urbanos²². Estos últimos llegarían a situaciones extremas de “pobreza de recursos”, siguiendo a Mercedes González de la Rocha²³.

En la zona media del espacio social o del campo de la lucha de clases, la pérdida de estabilidad del empleo y beneficios sociales para las capas asalariadas del Estado y las grandes y medianas empresas afecta el acceso sincrónico a bienes y el control

²² Meertens, Donny, “Desplazamiento forzado y género: trayectorias y estrategias de reconstrucción vital” En: Cubides, Fernando y Domínguez, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 406-454; Bello, Martha Nubia y Mosquera, Claudia, “Desplazados, migrantes y excluidos; actores de las dinámicas urbanas” En: Cubides, Fernando y Domínguez, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 456-474; Agier, Michel, “Pérdida de lugar, despojo y urbanización: un estudio sobre los desplazados en Colombia” En: Cubides, Fernando y Domínguez, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 104-126; y Moser, Caroline y McIlwaine, Cathy, *La violencia y la exclusión en Colombia*, Bogotá: Banco Mundial, Asdi, 2000.

²³ González de la Rocha, Mercedes, “La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana” En: *Revista Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, Año 5, No. 9, s.l.: 1999, pp. 33-50.

sobre el futuro (expectativas en el tiempo para sí mismos y sus proyecciones sobre las generaciones futuras). Conciernen a amplios sectores de profesionales, obreros(as) industriales y empleados (as) que sufren un proceso de empobrecimiento o devaluación de sus capitales (económico, cultural, social...) afectados(as) por el estancamiento de los salarios en el sector público, por los cambios en las formas de contratación, la reducción de los beneficios sociales y prestaciones y también, por el cambio tecnológico que devalúa ciertas habilidades y conocimientos, formales e informales. Algunos de estos grupos luchan por conservar el tipo de ocupación que han venido desempeñando, adaptándose a la reducción de sus ingresos y nivel de vida. Es el caso de los profesores universitarios y maestros.

Se producen entonces múltiples procesos de reconversión de capitales o movimientos de traslación de diversos grupos sociales: en las capas medias, podemos incluir a los profesionales asalariados que se convierten en pequeños empresarios, trabajadores independientes en toda suerte de proyectos en el comercio y los servicios fundamentalmente o desempleados. En sectores populares, encontramos en forma análoga a los antiguos obreros asalariados calificados y no calificados expulsados por la reestructuración industrial y reconvertidos en microempresarios, trabajadores independientes o desempleados. En sentido inverso, podemos también incluir a empresarios medianos y pequeños que se emplean como asalariados, al fracasar en sus proyectos empresariales. Estas traslaciones pueden tener una inclinación ascendente o descendente, en la medida en que signifiquen un aumento o una reducción del valor global de los capitales socialmente operantes. En la coyuntura de los últimos años, la tendencia dominante es claramente descendente, especialmente en lo que corresponde a los sectores medios y populares. Un ejemplo de devaluación del capital económico acumulado en forma de patrimonio es el de la crisis de la vivienda en Colombia, que afecta especialmente a los sectores medios que habían adquirido vivienda a través del sistema financiero.

Superando ese extraño pudor que lleva a los que nos especializamos en el estudio del trabajo a excluir las formas ilegales y violentas de ganarse la vida, habría que ubicar a una población difícilmente cuantificable que ha optado por estrategias delincuenciales o subversivas y que en Colombia tiende a aumentar. Indudablemente allí tenemos movimientos de traslación en el espacio social que representan un cambio de campo y la reconversión de capitales económicos, culturales o sociales: jóvenes y no tan jóvenes que abandonan el sistema escolar, el trabajo en el campo o el desempleo para ingresar a la guerrilla, el paramilitarismo, el narcotráfico o la delincuencia común.

Estas múltiples estrategias de reproducción o reconversión se desarrollan en el marco de relaciones sociales que incluyen estrategias familiares, redes sociales y de parentesco. En América Latina, existe una larga tradición en el estudio de las “estrategias familiares de supervivencia”, ligada en buena medida al análisis del trabajo de

las mujeres en poblaciones urbanas marginadas y de las condiciones materiales y culturales de la división sexual del trabajo en los hogares. Es el caso de los trabajos pioneros de Lourdes Arizpe y Elizabeth Jelin en los 70 (sin olvidar el precedente de los trabajos de Oscar Lewis); seguido por múltiples ejemplos dentro de los cuales se destacan los de Mercedes González de la Rocha, Lourdes Benería, Marta Roldán, Helen Safa, Cristina Bruschini, Alice Abreu y muchas otras (y otros, como Agustín Escobar). Estas relaciones, formas específicas de capital social, inciden en la capacidad de hacer valer (o de realizar en el mercado) los capitales específicos. Las posiciones de los agentes individuales en las jerarquías y redes de parentesco, familiares y sociales, ejercen una fuerza específica en la configuración de las trayectorias individuales. Es importante señalar que estas traslaciones y desplazamientos sociales son inseparables de desplazamientos físicos en el espacio geográfico: sin duda, la movilidad interurbana, entre regiones y ciudades del país y hacia otros países constituye un componente fundamental para dar cuenta de las dinámicas de re-composición social que vive Colombia.

La creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo implica cambios en las posiciones de las mujeres en el espacio social, en la medida en que acceden a campos considerados masculinos y a ingresos monetarios propios que favorecerían una mayor autonomía o capacidad de negociación en sus hogares. Estas modificaciones deben ser analizadas en el contexto de las distintas posiciones de clase: la división sexual del trabajo no se configura de la misma manera en las parejas de profesionales de doble carrera, en las familias nucleares de obreros industriales con salario familiar o en las múltiples modalidades de familia en los sectores populares urbanos.

Por otra parte, si las grandes tendencias descritas anteriormente, se refieren a las clases objetivas como grupos sociales que comparten condiciones de vida y estructuras de oportunidad similares, sin que ello signifique que se identifiquen subjetivamente como colectividad, queda planteado el interrogante sobre la transformación de las identidades y la construcción de nuevas clases movilizadas. Al respecto, señalaré sólo dos elementos: por una parte, la crisis y esfuerzos simultáneos de re-definición del sindicalismo como expresión de identidades e intereses colectivos de determinados sectores asalariados, cuya capacidad de movilización a partir de *habitus* forjados en otro estado o momento del campo de la lucha de clases (con un efecto de *histéresis*²⁴ significativo) han logrado frenar o reorientar las nuevas estrategias de dominación. Tenemos el ejemplo de los fallos de la Corte Constitucional que obligaron al ministro de Hacienda a aumentar los salarios oficiales en un porcentaje no inferior a la inflación. Aquí el fallo jurídico se explica por una coincidencia de intereses y *habitus* entre

²⁴ Bourdieu se refiere a la histéresis del *habitus* como especie de “efecto retardado” de un *habitus* que opera de acuerdo a las condiciones del pasado en que fue producido.

sectores del campo jurídico –cuya dominación está en disputa– y los trabajadores del Estado y sus representaciones sindicales. Por otra parte, como formas de clase movilizadas, que pueden reunir a una colectividad a partir de una de sus propiedades secundarias compartidas, como el sexo o la edad, tenemos los movimientos de mujeres y en particular, lo que Castells²⁵ caracteriza como el feminismo popular latinoamericano, con efectos significativos en el curso de la reestructuración de las clases y estrategias de los agentes.

El campo urbano popular

Para finalizar este ensayo, plantearé algunos interrogantes sobre los cambios en las relaciones de género en los sectores populares urbanos, o en el campo urbano popular, como lo define el sociólogo colombiano Jaime Eduardo Jaramillo²⁶, acudiendo a las categorías de Bourdieu. Transcribo ampliamente la cita de Jaramillo:

“El campo urbano-popular designa hoy en día el espacio social en el cual existe un conjunto de población que asciende en las ciudades latinoamericanas a una proporción que puede oscilar entre un cincuenta y un setenta por ciento del total de sus habitantes. No podría adscribirse el concepto de clase social a este heterogéneo grupo poblacional, ya que sus actividades laborales son disímiles: se distingue un sector minoritario de asalariados en la industria, lo cual expresa un proceso agudo de desproletarización, al tiempo que se registran albañiles, vendedores ambulantes, vigilantes, conductores, propietarios o trabajadores de famiempresas, etc. Desde un punto de vista contemporáneo, estos sectores podrían concebirse como un campo. En él entran en relaciones, tanto de cooperación como de competencia, agentes adscritos a determinadas posiciones sociales, quienes se caracterizan por poseer una situación estructuralmente subordinada. En el conjunto de las especies de “capital” (económico, social, político, cultural) se hallan en un cuádruple proceso de exclusión o, en todo caso, de apropiación parcial.

Esta situación implica, en primer lugar, una situación subordinada en las relaciones laborales (asalariados, vinculación ocasional) o la posesión de microempresas, o pequeños negocios, algunos de ellos ambulantes, que no generan de modo consistente acumulación de capital, ni pueden incidir decisivamente sobre los procesos de producción y distribución en el seno de la sociedad global.

En el plano social, se hallan en los últimos escalones de la escala de estatus y roles sociales. Con bajos ingresos y, en consecuencia, con niveles de consumo precarios,

²⁵ Castells, Manuel, *Le Pouvoir de l'Identité*, Paris: Fayard, 1997.

²⁶ Jaramillo, Jaime Eduardo, “Formas de sociabilidad y construcción de identidades en el campo urbano-popular”, En: Martín Barbero, Jesús y López de la Roche, Fabio, *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá: CES, Universidad Nacional, 1998, pp. 173-217.

se hallan situados en los rangos de pobreza absoluta y crítica, según los indicadores aceptados por las agencias estatales y transnacionales. Habitan en zonas degradadas de los centros urbanos y en las inmensas periferias de ellos, con dotaciones precarias de servicios. Su vestimenta, sus usos y costumbres, su modo de hablar, entrañan para las restantes clases y estratos sociales, en muchos casos, procesos de estigmatización o de subordinación. Sus redes sociales (su capital social) contribuyen a su supervivencia, pero implican, hacia otras clases y estratos, reproducir formas de subordinación” (p. 174).

En el proceso de polarización y empobrecimiento de amplias capas de la población que vive Colombia, se transforman las tensiones entre las luchas de clases propiamente, entendidas como aquellas que están orientadas a mejorar o mantener la posición en el espacio social, aumentando o preservando el capital económico, cultural, social o la capacidad de coacción física y las luchas de género. Cuando García Canclini²⁷ critica a Bourdieu su excesivo énfasis en la violencia simbólica que minimizaría el peso de la violencia física, probablemente estaba pensando en fenómenos ligados al poder del Estado, pero es indudable que en la dinámica de luchas entre clases y fracciones de clases en Colombia y en la forma que han tomado las relaciones de poder en las comunidades urbanas marginales, la capacidad de coacción física constituye un capital fundamental para la definición de las relaciones de dominación, aunque de dudosa legitimidad. Así lo muestra, entre muchos otros, el trabajo de Moser y McIlwaine, que se refiere a las “instituciones sociales perversas” para dar cuenta de las organizaciones ilegales y delincuenciales que controlan el capital social “negativo” constituyéndose en muchas comunidades en autoridades temidas y acatadas, ante el vacío de presencia estatal efectiva.

En este contexto, en términos de “clase movilizada”, las organizaciones de mujeres y los hogares comunitarios compiten con estas instituciones “perversas” para generar formas de lucha y resistencia más “productivas”, identificadas por las comunidades como fuerzas positivas. Las mujeres parecen beneficiarse de una mayor credibilidad por parte de la comunidad y de las autoridades²⁸.

La división sexual del trabajo en sectores populares urbanos: discusiones en torno al rol de proveedor

Las investigaciones feministas en América Latina han observado con especial atención los cambios en la división del trabajo, tanto en términos del acceso de las mujeres al mercado de trabajo como de la redistribución del trabajo doméstico entre

²⁷ García Canclini, Néstor, “Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” En: Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo, 1990.

²⁸ Moser, Caroline y McIlwaine, Cathy, *La violencia y la exclusión en Colombia*, op cit.

los sexos. Uno de los enfoques principales para abordar la división sexual del trabajo ha tenido como eje la división de roles entre el varón proveedor y la mujer ama de casa, proveedora complementaria o ambas. A los antiguos interrogantes en torno al impacto del trabajo remunerado sobre la autonomía de la mujer, el incremento de su capacidad de negociación en el hogar y la pareja, o sobre el desarrollo de una conciencia feminista, se han sumado nuevas preguntas en torno a la crisis del modelo de varón proveedor, provocada por el protagonismo creciente de las mujeres en el mercado laboral y en el sostenimiento de la familia o como efecto del desempleo y deterioro de los salarios y condiciones de trabajo de los varones.

Con plena conciencia de la complejidad que presenta el campo urbano popular y las diversas luchas que lo atraviesan, esbozaré a continuación algunos puntos de discusión sobre las articulaciones entre clase y género, teniendo como eje las transformaciones del rol de proveedor. No pretende abordar todas las dimensiones de los cambios observables en ese terreno sino solamente subrayar algunas que me parecen problemáticas, sin que allí se agoten los problemas...

Mujeres cabezas de familia: ambivalencias

Los estudios sobre las relaciones de género en los sectores populares urbanos en América Latina han destacado en los últimos años el aumento de la “jefatura femenina”. En Colombia, el tema ha sido objeto de políticas públicas importantes²⁹ y ha dado lugar a discusiones políticas y metodológicas en el campo feminista³⁰. El desplazamiento masivo y la violencia en general han incidido en el incremento del fenómeno en Colombia³¹. Varios estudios documentan el papel de las mujeres populares en el sostenimiento de sus hogares, su rol como proveedoras principales de hecho o como co-proveedoras cuyo aporte económico es decisivo para asegurar la supervivencia de la familia. La discusión sobre la noción de jefatura femenina incluye asuntos como el carácter o no de proveedora de la mujer, la ausencia o presencia de un compañero o cónyuge, el reconocimiento por parte de otros miembros de la familia de su papel y autoridad. En este debate, me interesa fundamentalmente examinar el sentido de la incorporación laboral de las mujeres de sectores populares urbanos vinculadas al sector informal. ¿Hasta qué punto la vinculación al mercado de trabajo de estas mujeres transforma las relaciones de poder y autoridad en los hogares y parejas? ¿En qué medida es una consecuencia de un empeoramiento de las

²⁹ En el capítulo 43 de la Constitución Política se establece el compromiso del Estado colombiano con las mujeres cabeza de familia y se aprueba en 1993 la Ley 82.

³⁰ Fuentes, Lya Yaneth, *Políticas públicas dirigidas a las mujeres jefas de hogar en Colombia. 1990-1998*, Tesis de grado, Maestría en Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999.

³¹ Meertens, Donny, op cit.

condiciones de vida de estos sectores? ¿Está asociado el trabajo de las mujeres a nociones de autonomía o dignidad para ellas?

Tomaré algunos datos de un estudio reciente sobre mujeres cabeza de familia en el sector informal en Bogotá, Medellín, Barranquilla y Cali³² para discutir las ambivalencias del acceso de estas mujeres al rol de proveedoras de sus hogares. El estudio se basa en datos de las Encuestas de Hogares del DANE y en una encuesta a 265 mujeres jefas. El DANE registra como jefas de hogar a quienes se identifican como tales: en 1996, el 90,8% de las que se declaran jefas no tiene compañero: son solteras, viudas o separadas. La principal ocupación de las “jefas de hogar” es la de vendedoras mientras la de los hombres jefes de hogar es el trabajo como operarios no agrícolas.

En el 75% de los hogares con jefatura femenina, la mujer está sola con sus hijos; “la mayor prevalencia está en Medellín en donde el impacto de la violencia y el desplazamiento ha dejado un mayor excedente de mujeres viudas y abandonadas con sus hijos”³³. Las tasas de asistencia escolar de niños y jóvenes son inferiores al promedio urbano en el país y el nivel educativo de las mujeres cabeza de familia también es bajo: 12,1% de las encuestadas no tiene estudios y el 44,5% solamente ha cursado estudios de primaria. Sus ingresos se ubican en niveles muy bajos: el 43,7% declara ingresos mensuales que oscilan entre 1,16 y 0,58 unidades de salario mínimo, lo cual resulta bastante grave si se tiene en cuenta que el 94,7% de estas mujeres reportaron ser las principales proveedoras en sus hogares.

Los testimonios recogidos en este trabajo dan aproximaciones a la experiencia subjetiva de estas condiciones de vida. Las autoras destacan el sentimiento de vulnerabilidad debido a la conjunción de factores como los bajos ingresos y la precariedad laboral que pueden conducir a días en que “no hay para el bus”³⁴. La vulnerabilidad hace temer especialmente la eventualidad de una enfermedad y de cualquier situación imprevista. Las autoras señalan también condiciones de aislamiento y sentimientos de inferioridad social, humillación y exclusión. Uno de los grandes dolores de estas madres es no poder garantizar el estudio de sus hijos: esto parece cuestionar toda su identidad de madres y su dignidad como pobres que luchan por “salir adelante” pero sobre todo por “sacar adelante a sus hijos”. La auto-percepción como madres es omnipresente, tanto en sus miedos como en sus anhelos.

Los testimonios recogidos por Rico de Alonso et al. muestran cómo los itinerarios que conducen a una situación de jefatura femenina revelan muchas veces una concepción de la vinculación laboral como una “obligación” no deseada que tuvieron

³² Rico de Alonso, Ana et al., *Jefatura, informalidad y supervivencia: mujeres urbanas en Colombia*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, ICBF, 1999.

³³ Ibid., p. 32.

³⁴ Ibid., p. 110.

que asumir. La relación con el trabajo y el papel de proveedora principal sobre todo, no es unívoca: aunque está presente el sentimiento de fracaso conyugal y de vulnerabilidad, también está asociado con la autonomía y el desarrollo de la autoestima. Resulta interesante destacar las relaciones de parentesco y las redes femeninas que constituyen un apoyo para la mayoría de estos hogares, en particular para asegurar el trabajo doméstico. Podría pensarse en estrategias populares sexuadas para responder a situaciones difíciles apoyándose en estructuras tradicionales, ligadas a la dominación sexual y a las resistencias femeninas tradicionales. Las aspiraciones educativas hacia los hijos e hijas, para que superen la dominación de clase –y de género, en el caso de las mujeres³⁵– pueden expresar las ambigüedades de la posición de los sectores populares en la estructura de clases o en el espacio social, como excluidos/resistentes pero también como aspirantes a la condición inmediatamente superior –percibida como tal.

A pesar de su vulnerabilidad material, algunos estudios mencionan ventajas sociales en los hogares con jefatura femenina, al reducirse el maltrato conyugal e infantil³⁶. Chalita Ortiz señala “una menor incidencia de la violencia intergeneracional doméstica, una imagen fuerte y positiva de la mujer y una mejor distribución de recursos, autoridad y trabajo”³⁷. En estos hogares puede darse igualmente una mejor distribución de recursos ya que las mujeres tenderían a orientar sus energías e ingresos hacia el bienestar de sus hijos. En ese sentido, los estudios señalan ganancias objetivas y subjetivas, a pesar de la inserción desfavorable en el mercado de trabajo y de las dificultades en el ámbito doméstico. En términos materiales, se señala un mejor aprovechamiento de ingresos precarios que puede significar mejorías relativas en la calidad de vida de los hogares con mujeres cabeza de familia y proveedoras³⁸, con respecto a hogares con varones jefes de familia cuyos ingresos no se invierten sino muy parcialmente en las necesidades de la familia.

“La hipótesis de la mayor pobreza de los hogares de jefatura femenina no encuentra apoyo en las evidencias empíricas. [...] Sin embargo, la jefatura femenina está asociada, como ya vimos, con una elevada participación de las mujeres jefas, y sus bajos salarios son compensados con un empleo más intensivo del trabajo femenino (las jefas, sus hijas y otras mujeres que viven en el hogar). Se podría

³⁵ Arango, Luz Gabriela, “Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad en sectores populares urbanos de Bogotá” En: Defosse, Anne-Claire; Fassin, Didier y Viveros, Mara, *Mujeres de los Andes: condiciones de vida y salud*, Bogotá: IFEA, Universidad Nacional, 1992, pp. 263-288.

³⁶ Buvinic, s.l.: s.n., 1991, citada por Rico de Alonso, Ana et al., op cit.

³⁷ Chalita Ortiz s.l.: s.n., 1992.

³⁸ González de la Rocha, “Hogares de jefatura femenina en México: reflexiones sobre las distintas configuraciones familiares” En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Familia, Trabajo y Género*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá: 1997, pp. 7-26.

plantear entonces, que la vulnerabilidad que llevan consigo las remuneraciones al trabajo de las mujeres, trata de ser compensada con una estrategia colectiva –y en muchas ocasiones femenina– de generación de ingresos”³⁹.

Las condiciones actuales en Colombia, de pobreza, desempleo e incertidumbre frente al futuro imponen límites a las posibilidades de cambios subjetivos e identitarios. Es así como algunas mujeres cabeza de familia manifiestan su sueño de contar con un varón proveedor que le permita “quedarse en la casa”. El paso entre el deseo de un compañero que la deje trabajar, como reivindicación de autonomía, y el de un varón que le permita no trabajar, es fluido y puede estar presente de manera contradictoria en los sueños de muchas mujeres. Ello está asociado a las particularidades del trabajo “productivo” de las mujeres populares. Como ha sido reiterado, el trabajo extradoméstico ha sido históricamente parte de la vida de las mujeres de sectores populares y no puede asimilarse a una “conquista” como en el caso de muchas mujeres de sectores medios y altos. Aunque el trabajo extradoméstico puede representar para numerosas mujeres de clases populares autonomía, auto-estima, acceso a relaciones sociales y reconocimiento, no deja por ello de representar condiciones de explotación bastante duras. Pero hay igualmente efectos culturales y de dominación simbólica. Mercedes González de la Rocha⁴⁰ revisa su experiencia investigativa para replantear algunas certezas aparentes:

“[...] entre ellas, sobresale la noción de feminización de la pobreza y de la vulnerabilidad económica que, según estos enfoques, caracteriza a los hogares de jefatura femenina: los supuestos (que a veces son apoyados por la información y a veces no), son la mayor pobreza de los hogares de jefatura femenina, la reproducción intergeneracional de la pobreza que se asocia a estos hogares, y el impacto negativo en el bienestar de las mujeres y sus hijos. Estos argumentos forman parte del discurso de académicos y de diseñadores de políticas públicas. Aparecen también en el conjunto de ideas de la gente en los sectores populares, ideas que forman parte de los significados y representaciones populares. Las mujeres entrevistadas en las colonias populares de Guadalajara manejan la noción de mayor vulnerabilidad de las mujeres jefas de hogar, no necesariamente sobre bases reales”⁴¹.

Aunque objetivamente, y tal vez subjetivamente, en las racionalizaciones que efectúan las mismas jefas de hogar, su papel de proveedoras esté asociado con un mejoramiento de sus condiciones de vida, la ganancia simbólica en términos de autonomía se enfrenta con el efecto negativo de ser una mujer “sin hombre” o de tener hijos “sin padre”. Ello repercute en su propia autoridad en el hogar frente a los

³⁹ Idid., p.14.

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Ibid., p. 9.

hijos y en sus relaciones de vecindad. Es decir, ese déficit simbólico tiene efectos objetivos.

Hombres proveedores en crisis

Uno de los temas desarrollados en los nuevos estudios sobre género y masculinidad habla de una crisis de la identidad masculina, asociada a la incapacidad de los hombres para cumplir con su rol de proveedor económico.

“Para Safa (1995), los hombres son personajes que han perdido la capacidad de jugar el rol de proveedores económicos y las mujeres son los actores más importantes en las economías domésticas y nacionales de los países caribeños..., Katzman delimita su interés en los sectores populares latinoamericanos y se pregunta por los cambios recientes en la situación de los hombres y su impacto en la constitución y organización de las familias. Para él, los contextos latinoamericanos están caracterizados por una situación de anomia social que afecta particularmente a los hombres, más que a las mujeres, de los sectores populares urbanos. Esta anomia, nos dice, surge del ‘...desajuste entre los objetivos culturalmente definidos para los roles masculinos adultos en la familia, por un lado, y el acceso a los medios legítimos para su desempeño, por otros’⁴²”.

Quiero cuestionar la tendencia a considerar la presencia de una masculinidad dominante en sectores populares basada en el rol de proveedor económico, al menos, pensada de manera axiomática. Sugiero que habría que plantearla como interrogante que requiere una comprobación empírica que dé cuenta de los matices con que este papel puede ser vivido y percibido en distintos sectores sociales. En efecto, investigaciones en América Latina y Colombia han mostrado la escasa concreción del modelo de división sexual del trabajo que opone (si se quiere, de manera complementaria...) al varón proveedor y a la mujer ama de casa en los sectores populares urbanos, en donde pocas mujeres han podido dedicarse a tareas exclusivamente “domésticas” y de amas de casa, salvo en sectores obreros asalariados estables. La “incapacidad” de los varones para asumir ese rol está ligada no sólo a condiciones materiales del mercado de trabajo, sino a rasgos culturales que definen de forma diversa la identidad masculina y las relaciones de género. En Colombia, los estudios recientes sobre masculinidad⁴³ han mostrado, en continuidad con las investigacio-

⁴² Katzman, s.l.: s.n., 1992, p. 88 citada por González de la Rocha, op cit., p. 10.

⁴³ Viveros, Mara, “Los estudios sobre lo masculino en América Latina: una producción teórica emergente”, *Revista Nómadas*, No. 6, Fundación Universidad Central, Bogotá: 1997a, pp. 55-66.; Viveros, Mara y Cañón, William, “Masculinidad, familia y trabajo (el caso de los sectores medios de Quibdó)” En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Familia, Trabajo y Género*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1997.; y Viveros, Mara y Gómez, Fredy, “La elección de la esterilización masculina. Alianzas, arbitrajes y desencuentros conyugales” En: *Mujeres, hombres y cambio social*, Bogotá: CES, Universidad Nacional, 1998, pp. 85-131.

nes pioneras de Virginia Gutiérrez de Pineda⁴⁴, cómo la identidad regional señala contrastes claros en los ejes de construcción de la masculinidad. Es así como el varón proveedor aparece como modelo fuerte en sectores populares solamente en algunas regiones y clases sociales. En Antioquia está asociado, entre otros múltiples aspectos, con las políticas de los industriales y la Iglesia Católica a partir de la década de 1930, que logran “disciplinar” a las familias obreras con relativa eficacia hasta la década del sesenta⁴⁵.

De este modo, ser jefe de familia y ser proveedor principal responsable del sostenimiento de la familia y la educación de los hijos, no siempre van juntos. La masculinidad no se ve necesariamente amenazada por la imposibilidad de cumplir con ese papel. Al respecto sería importante analizar con mayor detalle cuáles son los efectos del desempleo sobre la identidad masculina de muchos varones: es probable que en algunos casos, la herida que causa el desempleo tenga que ver más con la pérdida de su propia autonomía económica, sus relaciones sociales, el reconocimiento público que con la pérdida de su papel de proveedor. Muchos varones no se sienten especialmente disminuidos porque sean sus mujeres quienes deban asumir los costos de supervivencia de la familia. Creo que el papel de proveedor y su carácter de eje constructor de la identidad masculina no solamente tiene que ver con diferencias culturales regionales, sino también con posiciones de clase. Una posible hipótesis es que entre más cerca (en términos de percepción de las distancias y posibilidades de acceso a esa categoría) esté un grupo –o un fragmento de clase– de la clase inmediatamente “superior”, en este caso, entre más cerca se encuentre de sectores medios, por sus condiciones de trabajo, su capital escolar o social, mayor preeminencia puede tener el modelo de proveedor en la definición de la identidad masculina de los varones adultos. En este caso, puede operar la histéresis del *habitus* y subsistir como ideal en las percepciones populares el modelo de clase media –ya anacrónico– de varón proveedor y mujer ama de casa.

Mujeres proveedoras complementarias

Si bien algunos trabajos han documentado la tendencia de muchos varones a prohibir a sus mujeres trabajar fuera de la casa, es posible que ello corresponda en ocasiones al temor a la infidelidad de la compañera que pondría en cuestión su honor y su virilidad, más que al temor a verse afectados en su capacidad de sostener solos a la familia. No olvidemos que el ideal de la domesticidad es un modelo de clase media y que los estudios históricos sobre las clases populares en América Latina señalan una

⁴⁴ Gutiérrez de Pineda, Virginia, *Familia y Cultura en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo, Universidad Nacional, 1968.

⁴⁵ Arango, Luz Gabriela, *Mujer, religión e industria (Fabricato: 1923-1982)*, Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad Externado de Colombia, 1991.

diversidad de formas familiares que no se basan en lo que conocemos como la División Sexual del Trabajo entre varón proveedor y mujer ama de casa, como lo señalé anteriormente. Los hombres de clases populares no sólo han aceptado en general la contribución de sus mujeres en la generación de ingresos para el sostenimiento del hogar, sino que pueden llegar a sacar ventaja de esta contribución. Entre las mujeres populares que frecuento y entre muchas de las que he entrevistado en mis investigaciones, el fantasma del hombre holgazán, “recostado”, que vive de su mujer, está bastante presente. Recuerdo a una obrera industrial casada con un obrero de la misma empresa, aconsejando a su hija una serie de precauciones como la de nunca asumir el pago de arriendo ni de mercado para evitar que el marido le delegara toda la responsabilidad económica del hogar.

La división de la asignación del salario del hombre y la mujer que compromete al varón con los gastos centrales de la supervivencia como vivienda y alimentación, no es solamente una manera de preservar la preeminencia del varón proveedor. Puede ser también una estrategia femenina para contrarrestar la tentación que podrían tener los varones de des-responsabilizarse de sus obligaciones, delegándolas en sus mujeres. Como ha sido anotado en varios estudios, muchas mujeres asumen la mayor responsabilidad económica en sus hogares, en el marco de relaciones de pareja en que el marido ejerce una violencia física contra ellas. En México, los estudios de García y Oliveira, Benería y Roldán, González de la Rocha mostraban que las mujeres trabajadoras de México tenían pocas posibilidades de mejorar su situación al interior de los hogares caracterizados por aguda pobreza, relaciones desiguales y violentas, y distribución desigual de los recursos:

“García y Oliveira mostraron que los hogares en donde las mujeres obtienen los ingresos más importantes para la sobrevivencia del grupo, pero existen jefes varones corresidentes, son los hogares en donde la violencia doméstica se hace sentir con mayor fuerza y las mujeres se ven sometidas a esa paradójica situación en la que los hombres no cumplen con su rol de proveedores pero siguen imponiendo su autoridad y control”⁴⁶.

“Nuevos hombres” en sectores populares

¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para que varones de sectores populares accedan a los nuevos modelos de masculinidad de sectores medios? ¿Qué cambios en las identidades masculinas en sectores populares tienen un sentido democratizante? ¿Cuáles de éstos obedecen a dinámicas propias, autónomas del campo popular?

⁴⁶ González de la Rocha, “Hogares de jefatura femenina en México: reflexiones sobre las distintas configuraciones familiares”, op cit., p. 11.

Javier Pineda⁴⁷ analiza el caso de los esposos o compañeros de mujeres microempresarias de comunidades pobres de Cali, clientas del Banco Mundial de la Mujer (WWB). En este caso, los varones se han visto enfrentados al desempleo, siendo muchos de ellos antiguos obreros de industrias cerradas o en re-estructuración mientras sus compañeras experimentan procesos de “empoderamiento” como beneficiarias de programas que les permiten sacar adelante sus propias microempresas y fortalecer su liderazgo. El Programa Desarrollo de Familias con Jefatura Femenina utiliza una definición de jefa de hogar que no implica necesariamente el no tener compañero: 49% de las beneficiarias lo tienen. Pineda afirma que las relaciones de poder entre géneros en comunidades pobres urbanas de Cali han cambiado por la combinación de factores que afectan negativamente a los hombres, como el incremento del desempleo masculino y otros que han beneficiado a las mujeres, como la disminución de las tasas de fertilidad, la expansión de servicios educativos y de bienestar infantil, la alta movilidad física de las mujeres, su participación en organizaciones comunitarias y a las trayectorias personales que las han llevado a querer superar experiencias de subordinación y violencia con sus compañeros anteriores.

Pineda señala el efecto negativo del desempleo masculino sobre la identidad de los varones basada en buena parte sobre su papel de proveedores en el hogar. Pineda introduce el tema de la legitimidad de la dominación masculina en el hogar que se sostendría sobre ese papel de proveedor. En este caso, el rol de proveedor no sólo está relacionado con la identidad masculina, relación que ya abordé parcialmente, sino también con la legitimidad de la autoridad masculina en la familia. El rol de proveedor ha sido asociado con la dominación masculina por el poder que le otorga al varón sobre la mujer y los hijos, que dependen objetivamente del dinero que él quiera darles. Ese poder no siempre es legítimo, es decir, que no siempre la esposa, los hijos o ambos reconocen el derecho del varón a ejercer ese control, no siempre la arbitrariedad de esta relación de poder queda disimulada simbólicamente.

El tema de la legitimidad del poder masculino en la familia no es sencillo y me temo que no ha sido examinado en profundidad, teniendo en cuenta los múltiples supuestos presentes en muchos análisis sobre el “patriarcado” o el “patriarcalismo”. Puede ser importante formular algunas preguntas al respecto: ¿En qué ámbito opera esa legitimidad? ¿Cuál es su fuente? ¿No es en muchos casos una legitimidad construida por el Estado, sus funcionarios e instituciones prestadores de servicios? ¿Hasta qué punto esa legitimidad opera en el campo popular y en la familia en particular? La respuesta empírica no debe ser única ni unívoca: puede darse una interiorización de esta fundamentación de la autoridad masculina en la familia pero puede no darse;

⁴⁷ Pineda, Javier, “Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar” En: Robledo, Angela y Puyana, Yolanda, *Ética: masculinidades y feminidades*, Bogotá: CES, Facultad de Ciencias Humanas, UN, 2000, pp. 228-272.

hombres y mujeres pueden sentir, percibir, pensar en términos de naturalización de la autoridad masculina, independientemente de que el varón cumpla o no un papel de proveedor; su primacía puede estar fundada en lo biológico no en lo social. Reconocer que el varón tiene autoridad en la familia porque es un proveedor (y mientras lo siga siendo) significa romper con una forma de naturalización. Hay que recordar que el rol de proveedor, rol social, fue naturalizado por la Economía Política⁴⁸ y por otros discursos, apoyados en la división sexual “biológica” o en la división “natural” del trabajo sexual (y reproductivo)⁴⁹. Una deslegitimación de la dominación masculina basada en una representación de la pareja como contrato entre iguales que intercambian responsabilidades y obligaciones, puede ser demasiado moderno para que se halle ampliamente difundida en los sectores populares urbanos latinoamericanos. Es una hipótesis, nuevamente. Habría que examinar los términos del contrato matrimonial católico y sus interpretaciones populares... Ahora, ¿es posible pensar en cambios en las relaciones de poder entre hombres y mujeres sin que la dominación masculina, como naturalización de la diferencia sexual, sea claramente desenmascarada como arbitrariedad socialmente construida, o más bien, culturalmente disimulada?

Hombres domesticados:

de la discusión en torno al o la proveedor(a) a la del cuidador(a)

La investigación de Pineda nos muestra a unos hombres “domesticados” que en algunos casos aceptan una inversión de la división sexual del trabajo en la familia y asumen las tareas de cuidado en todas sus dimensiones. Los testimonios recogidos muestran cómo para muchos de estos hombres se trata de una situación pasajera y reversible: “Cuando toca, toca [...] hay veces que le toca al hombre quedarse en la casa cocinando y viendo por los hijos”. El estudio de Moser y McIlwaine también reporta una percepción de que las mujeres encontrarían más fácilmente empleo que los hombres; también identifican casos de hombres dedicados al cuidado de la casa y los hijos, mientras las mujeres trabajan y “los mantienen”. Hay una defensa de la masculinidad, efectivamente amenazada por este cambio de circunstancias y de papeles: su superioridad natural no ha sido cuestionada, se trata de adaptarse a condiciones externas, a un mercado de trabajo que coyunturalmente ofrece más alternativas a las mujeres. Otras dimensiones de la identidad masculina, como su monopolio de la fuerza física y el trabajo pesado son traídas a cuento por los afectados para justificar o re-significar la nueva división del trabajo con sus compañeras: en últimas, ellos siguen encargándose de tareas masculinas como la producción en las microempresas mientras sus mujeres se dedican a actividades livianas (administrativas). Podríamos

⁴⁸ Scott, Joan W., “La mujer trabajadora en el siglo XIX” En: Duby, Georges y Perrot, Michèle, *Historia de las Mujeres. El siglo XIX: cuerpo, trabajo y modernidad*, Madrid: Taurus, 1993, pp. 99-129.

⁴⁹ Este es un ejemplo del trabajo de “des-historización” de la división sexual del trabajo.

ver aquí algunas analogías –que habría que tratar con precaución, nuevamente– con estrategias de las mujeres ejecutivas⁵⁰ que tratan de disimular o minimizar ante sus esposos o compañeros los cambios en las relaciones de poder para no generar desequilibrios simbólicos, o más bien, para no alterar el desequilibrio simbólico sobre el cual reposa la dominación masculina. Pineda observa estos mecanismos cuando se refiere a mujeres que le conceden al hombre un papel simbólicamente que no es el que tiene en la realidad. Allí también habría unos matices importantes: ¿Hasta qué punto este esfuerzo de las mujeres es una expresión de su profunda interiorización de la dominación masculina? ¿O hasta qué punto es una estrategia de condescendencia hacia esos varones cuyos sueños de grandeza buscan, maternalmente, proteger?

Breve final

Sin duda, este ejercicio de aplicación de las categorías de Bourdieu al análisis e interpretación de las tendencias de cambio en las relaciones de género y clase en Colombia, es fundamentalmente eso: un ejercicio que plantea muchos interrogantes y que carece de suficiente fundamentación empírica ya que poco se han utilizado estas categorías en este ámbito.

Una de las particularidades de las sociedades latinoamericanas que obligan a utilizar con precaución las categorías de Bourdieu para el análisis de nuestras realidades (formulada por García Canclini⁵¹, quien retoma al sociólogo brasileño Sergio Misceli), es la ausencia de un mercado simbólico unificado y de una estructura de clases unificada con una clase claramente hegemónica, observación que comparto. Esto le confiere mayor fragmentación, tanto al campo dominante como a las clases dominadas, pero sobre todo, transforma las condiciones de dominación simbólica y limita la autonomía y la capacidad de “consagración” de los campos de producción simbólica como el campo educativo, el científico, el artístico o el religioso... En esa medida, la dominación masculina cuenta con diversas matrices culturales.

Teniendo en cuenta estas características, podría pensarse que analizar las articulaciones de clase y género significaría dar cuenta simultáneamente de varios complejos o sistemas de relaciones:

- 1) la estructura de las relaciones y distancias materiales y simbólicas entre hombres y mujeres dentro de cada clase o fracción de clase,

⁵⁰ Viveros, Mara, “Entre familia y trabajo: las trayectorias sociales de las parejas de doble carrera (un estudio de caso colombiano)” En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Jornadas laborales y tiempos familiares*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1997b, pp. 89-106.; y Arango, Luz Gabriela; Viveros, Mara y Bernal Rosa, *Mujeres Ejecutivas: dilemas comunes, alternativas individuales*, Bogotá: ECOE, Ediciones Uniandes, 1995.

⁵¹ García Canclini, Néstor, “Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” En: Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo, 1990.

- 2) la estructura de las relaciones y distancias materiales y simbólicas entre hombres y mujeres –considerando también las relaciones intra-género– dentro de cada campo o sub-campo especializado (educativo, profesional, económico), de acuerdo con la lógica de cada uno,
- 3) la estructura de las relaciones y distancias materiales y simbólicas entre mujeres y hombres de distintas clases –considerando también las relaciones intra-género–, especialmente entre los grupos próximos en el espacio social para profundizar en las relaciones entre sectores populares y sectores medios, por ejemplo, o entre fracciones de las clases populares.

Las definiciones de masculinidad han sido objeto y medio de la lucha de clases: la masculinidad obrera con base en la fuerza física ha servido para cuestionar la masculinidad de los hombres de clase media, “feminizados” por su trabajo “blando” de oficina... Los adolescentes varones de sectores populares también expresan resistencias frente a la feminización de los buenos alumnos, cuya docilidad escolar asimilan a un déficit de virilidad⁵². ¿La lucha entre distintos modelos de feminidad no puede, a su vez, expresar luchas de clases, como aquellas que oponen a las madres abnegadas populares y a las madres que delegan en empleadas sus funciones; o las que oponen a las mujeres trabajadoras y las “mantenidas”?

La familia y el mercado de trabajo han sido probablemente los ámbitos privilegiados de los estudios sobre la división sexual del trabajo, ámbitos que nos permiten aproximarnos a la noción de espacio social y de campo de la lucha de clases, de acuerdo con las categorías de Bourdieu. Esto, sin embargo, implica varios problemas ya que la posición en ese gran “espacio social” depende de las posiciones en campos específicos como el educativo, los distintos sub-campos profesionales, el campo del poder, etc. Entender los cambios en las relaciones de género en los sectores populares requiere analizar el acceso de ciertos grupos de mujeres al campo político a través de sus organizaciones y de las mediaciones que ejercen las ONG, mientras sus compañeros varones pueden estar excluidos de esta posibilidad. En esa medida, lograr ese gran cuadro de la lucha de clases y su articulación con las relaciones de género requiere estudios específicos en campos bien delimitados: bien sea como zonas del espacio social (campo urbano-popular, sectores medios, campo dominante) o como campos especializados (religioso, educativo, político, etc.).

⁵² Arango, Luz Gabriela, op cit., 1992.

Referencias

- AGIER, Michel, "Pérdida de lugar, despojo y urbanización: un estudio sobre los desplazados en Colombia" En: CUBIDES, Fernando y DOMÍNGUEZ, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 104-126.
- ARANGO, Luz Gabriela, *Mujer, religión e industria (Fabricato: 1923-1982)*, Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad Externado de Colombia, 1991.
- , "Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad en sectores populares urbanos de Bogotá" En: DEFOSSEZ, Anne-Claire; FASSIN, Didier y VIVEROS, Mara, *Mujeres de los Andes: condiciones de vida y salud*, Bogotá: IFEA, Universidad Nacional, 1992, pp. 263-288.
- ARANGO, Luz Gabriela; VIVEROS, Mara y BERNAL, Rosa, *Mujeres Ejecutivas: dilemas comunes, alternativas individuales*, Bogotá: ECOE, Ediciones Uniandes, 1995.
- BELLO, Martha Nubia y MOSQUERA, Claudia, "Desplazados, migrantes y excluidos; actores de las dinámicas urbanas" En: CUBIDES, Fernando y DOMÍNGUEZ, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 456-474.
- BOURDIEU Pierre, *La Distinction. Critique sociale du jugement*, Paris: Minuit, 1979.
- , *Le Sens Pratique*, Paris: Minuit, 1980.
- , *La domination masculine*, Paris: Seuil, 1998.
- CASTELLS, Manuel, *Le Pouvoir de l'Identité*, Paris: Fayard, 1997.
- COMAS D'ARGEMIR, Dolores, *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona: Icaria, Institut Català d'Antropologia, 1995.
- DE BARBERI M., Teresita, "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género" En: *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, San José, Costa Rica: IIDH, 1996.
- FLÓREZ, Carmen Elisa, *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*, Bogotá: Banco de la República, Tercer Mundo, 2000.
- FLÓREZ, Carmen Elisa y CANO, María Gloria, *Mujeres Latinoamericanas en cifras. Colombia*, Santiago: Flacso, Instituto de la Mujer de España, 1993.
- FUENTES, Lya Yaneth, *Políticas públicas dirigidas a las mujeres jefas de hogar en Colombia. 1990-1998*, Tesis de grado, Maestría en Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, "Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu" En: BOURDIEU, Pierre, *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo, 1990.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes, "La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana" En: *Revista Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, Año 5, No. 9, s.l.: 1999, pp. 33-50.
- , "Hogares de jefatura femenina en México: reflexiones sobre las distintas configuraciones familiares" En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Familia, Trabajo y Género*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá: 1997, pp. 7-26.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia, *Familia y Cultura en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo, Universidad Nacional, 1968.
- HENAO, Marha Luz y PARRA, Aura Yaneth, "Mujeres en el mercado laboral" En: *Género, Equidad y Desarrollo*, Bogotá: DNP, BMZ, GTZ, Tercer Mundo, 1998, pp. 70-109.
- JARAMILLO, Jaime Eduardo, "Formas de sociabilidad y construcción de identidades en el campo urbano-popular", En: MARTÍN BARBERO, Jesús y LÓPEZ DE LA ROCHE Fabio, *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá: CES, Universidad Nacional, 1998, pp. 173-217.
- LONDONO, Rocío, *Una visión de las organizaciones populares en Colombia*, Bogotá: Gazeta, 1994.
- LÓPEZ MONTAÑO, Cecilia, "Mercado laboral colombiano y género", en *Macroeconomía, Género*

- y Estado, Bogotá: DNP, BMZ, GTZ, Tercer Mundo, 1998.
- MEERTENS, Donny, "Desplazamiento forzado y género: trayectorias y estrategias de reconstrucción vital" En: CUBIDES, Fernando y DOMÍNGUEZ, Camilo, *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural, CES, Universidad Nacional, Ministerio del Interior, 1999, pp. 406-454.
- MOSER, Caroline y McILWAINE, Cathy, *La violencia y la exclusión en Colombia*, Bogotá: Banco Mundial, Asdi, 2000.
- OCSE (Observatorio de Coyuntura Socioeconómica), Boletín No. 3, Bogotá: CID, Universidad Nacional, Colciencias, Unicef, 1999.
- PINEDA, Javier, "Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar" En: ROBLEDO, Angela y PUYANA, Yolanda, *Ética: masculinidades y feminidades*, Bogotá: CES, Facultad de Ciencias Humanas, UN, 2000, pp. 228-272.
- RAMÍREZ, Clara et al., *Quiénes son los jóvenes colombianos y cuáles son sus características*, Bogotá: CID, Universidad Nacional, 1998.
- RICO DE ALONSO, Ana et al., *Jefatura, informalidad y supervivencia: mujeres urbanas en Colombia*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, ICBF, 1999.
- RENDÓN, Teresa; SALAS Carlos, "El cambio en la estructura de la fuerza de trabajo en América Latina" En: DE LA GARZA, Enrique, *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México D.F.: El Colegio de México, Flacso, UAM, FCE, 2000.
- SCOTT, Joan W., "La mujer trabajadora en el siglo XIX" En: DUBY, Georges y PERROT, Michèle, *Historia de las Mujeres. El siglo XIX: cuerpo, trabajo y modernidad*, Madrid: Taurus, 1993, pp. 99-129.
- , "Gender: a useful category of historical analysis" En: SCOTT, Joan W., *Feminism and History*, Oxford readings in feminism, Nueva York: Oxford University Press, 1996, pp. 152-181.
- TURBAY, Catalina y RICO DE ALONSO, Ana, *Construyendo identidades: niñas, jóvenes y mujeres en Colombia*, Bogotá: UNICEF, Fundación para la Libertad Friedrich Naumann, Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia, 1994.
- VALDÉS, Teresa y GOMARIZ, Enrique, *Mujeres Latinoamericanas en Cifras, Tomo comparativo*, Santiago: Flacso, Instituto de la Mujer de España, 1995.
- VIVEROS, Mara, "Los estudios sobre lo masculino en América Latina: una producción teórica emergente", *Revista Nómadas*, No. 6, Fundación Universidad Central, Bogotá: 1997a, pp. 55-66.
- , "Entre familia y trabajo: las trayectorias sociales de las parejas de doble carrera (un estudio de caso colombiano)" En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Jornadas laborales y tiempos familiares*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1997 b, pp. 89-106.
- VIVEROS, Mara y GÓMEZ, Fredy, "La elección de la esterilización masculina. Alianzas, arbitrajes y desencuentros conyugales" En: *Mujeres, hombres y cambio social*, Bogotá: CES, Universidad Nacional, 1998, pp. 85-131.
- VIVEROS Mara y CAÑÓN William, "Masculinidad, familia y trabajo (el caso de los sectores medios de Quibdó)" En: *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Familia, Trabajo y Género*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1997.

Luz Gabriela Arango Gaviria

Investigadora del Centro de Estudios Sociales -CES-.

Profesora del Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia

e-mail: luzga@unete.com